tes y bandas terroristas; contra los gobiernos y contra los ciudadanos el terrorismo es beligerante.

Habrá que volver nuevamente a incluir como derecho militar, que ha de confundirse con el deber de los gobernantes, el derecho a la guerra como *armorum publicorum justa contentio,* de la célebre definición de Alberico Gentili, que introdujo la noción de justicia en la definición de la guerra bilateral; y habrá que volver, asimismo, para erradicar al terrorismo, a las "guerras unilaterales", tan bien estudiadas en su fundamentación conceptual por el profesor d'Ors, a definir la guerra como "instrumento de la política nacional" que salvaguarde a una nación de los separatismos y de los internacionalismos. Unos y otros, a veces, en el intento de hundir a la nación, manejados por "Internacionales" herederas de los imperialismos de antaño. Sólo que hoy con signo marxista.

En todo juicio fundamentado en la realidad de las cosas, habrá que acudir otra vez, respecto a la guerra y al derecho de guerra, a la idea platónica —desvirtuada o negada por los humanismos laicos al uso— de que "la guerra se realiza para vivir en paz"; al orden de valores que preconizaban las Partidas (título 22, Partida 2.ª), en la afirmación de que, aunque el guerrear sea destrucción y enemistad entre los hombres, la guerra cuando es hecha como se debe "aduce paz"; y que la guerra es justa cuando se hace para defenderse o defender sus bienes o recuperarlos.

Hay que sentar aquél valor permanente que adujo Ayala, Auditor de los ejércitos de Flandes, cuando dice: "A veces hay que recurrir a la guerra para vivir en paz al abrigo de las injusticias, pero es preciso hacerla —y hacerla sin odio— para alcanzar la paz".

JAVIER NAGORE YARNOZ.

Thomas Molnar: El SOCIALISMO SIN ROSTRO.

Llega de nuevo otra obra del profesor Molnar. El autor de "La izquierda vista de frente", "La autoridad y sus enemigos", "La contrarrevolución" ha producido la que, para nuestra opinión, es una de sus obras más profundas y con conclusiones de mayor rotundidez sobre temas decisivos, que están destinados a ejercer la mayor influencia sobre las formas del gobierno de la sociedad futura, y que contradice las opiniones de varios estudiosos de las Ciencias Políticas, como es la de la convergencia futura de los sistemas liberal democrático y marxista leninista.

"El socialismo sin rostro" obra editada por Epesa, en la colec-

Fundación Speiro

ción "temas de nuestro tiempo", dirigida por Alfredo Sánchez Bella, responde a un planteamiento ambicioso, como es el de especular sobre el Estado futuro, partiendo de esa premisa antes planteada: el Estado no será un producto originado por la convergencia de los sistemas liberal-democrático y marxista-leninista (hoy en día carece ya de rigor histórico y de planteamiento, para un análisis válido, hablar de marxismo a solas, sin considerar el marxismo-leninismo), sino un Estado al que Molnar califica de "monolítico" y que considera es a cuyo modo se encamina la sociedad futura.

El profesor Molnar realiza así una de las verdaderas facetas que deben caracterizar al intelectual, y es la de imaginar sobre planteamientos rigurosos y sólidos las perspectivas del futuro, no al modo de los futurólogos, comentados por Georges Elgozy en *Le Bluff du futur,* al que cita Molnar, en base a acumular "estadísticas, documentos y tendencias actuales, y luego proyectar este conjunto heterogéneo sobre un futuro abstracto. Y entonces, una de dos: o este futuro ni carne, ni pescado, es forjado por el futurólogo con tan exacta fidelidad sobre el momento presente que no se le puede, sin mala fe, colocar la etiqueta de futuro, o el modelo fabricado se aparta tanto del presente que se convierte en un cuento de hadas o en ciencia-ficción".

Sigue diciendo Molnar: "el futuro no sólo *no es,* sino que tampoco puede ser imaginado ni concebido sino *presente.* El único servicio que hace la futurología consiste precisamente en tranquilizar a los contemporáneos presentándoles un futuro parecido al presente, ya que sólo lo desconocido asusta".

Aquí aporta el autor un sensible refuerzo a su tesis sobre las perspectivas que conformarán a la sociedad, no sólo con el dominio de las Ciencias Políticas y Sociológicas a que nos tiene acostumbrados con sus anteriores obras, sino que adquiere también una mayor autoridad filosófica, por sus planteamientos deductivos y categóricos, que hacen de esta obra, en el aspecto filosófico, no en los otros, la de mayor profundidad de la producción molnariana, y que reafirman de forma indudable su categoría intelectual en lo que esta tiene de verdadero. No en su aspecto meramente de erudición, y que encuentra su identificación con esa verdadera faceta del intelectual, en pensar en ese nuevo Estado que caracterizará a la sociedad futura, con cuyo planteamiento se puede, desde luego, no estar de acuerdo, pero no puede negársele la seriedad del mismo.

La obra, no demasiado extensa, pero si de una gran densidad y trascendencia en su contenido, está dividida en cinco capítulos, en los que se pone de relieve una verdad evidente, y es como el principio de Montesquieu, de división de los tres poderes, tomado por

Fundación Speiro

las sociedades liberales como un dogma sin discusión, al punto de ser un concepto casi sagrado de las Constituciones, es hoy día, tal como los hechos lo demuestran, en casi todas partes un concepto caduco, al que la expansión de poderes del ejecutivo, lo convierte en algo verdaderamente risible. Vemos en todo el mundo, incluso en la España actual, como el legislativo y el judicial se convierten en meras comparsas del ejecutivo, quedando casi como figuras decorativas, hinchadas de preceptos, a menudo grandilocuentes, pero vacías de contenido, y sometidas al control totalitario de los gobiernos, pretendidamente democráticos.

Según Molnar, las formas políticas engendradas por Occidente están en decadencia rápida e inexorable, en coincindencia con las tesis spenglerianas, pero diferenciando el estudio de los ciclos culturales de las mismas, con el estudio de las formas políticas. Califica de "trinidad laica" al conjunto de democracia, liberalismo y función económica del Estado, que ha sufrido tantas y tan profundas mutaciones que le hacen difícilmente semejante al concepto de hace un siglo, desviándose de su concepción primitiva, y como el liberalismo se ha convertido en la libertad del uso de anticonceptivos, o del aborto, etc. También al comentar lo erróneo de la teoría de la convergencia entre los dos sistemas, considera que en los países del Este, se desarrolla dicha teoría en conceptos aún más pobres que en Occidente, bajo el aspecto de que será inevitable el triunfo del marxismo-leninismo por haber arrollado al liberalismo democrático, con repetición de tópicos y lugares comunes basados en la mediocridad más profunda, y ausentes de todo carácter científico.

Su ataque al concepto de la soberanía popular es demoledor, pero sin histerismos de ningún tipo, ni en base a conceptos altisonantes, sino simplemente asentados, y ahí pienso que radica su fuerza, en el análisis implacable de la realidad. Nunca la soberanía popular había sido más que una pura ficción, pero hoy convertida en creencia mítica, gracias al lavado de cerebros, en cantidad y profundidad tales que resultan asombrosas, y en la que desde luego los medios de "información", más bien "desinformadores", juegan un papel de primera magnitud. En base al mito de la soberanía popular, afirma Molnar como entre "el electorado y los gobernantes, las diferencias son tales que se podía hablar de dos naciones. En la cumbre sus dirigentes son intercambiables, a excepción tal vez de los partidos de extrema izquierda y de extrema derecha. Los militantes y los inscritos son, en relación con los dirigentes, lo que eran los vasallos en relación con los señores feudales: una clientela para hacer peso y número". Considero que hay que destacar textualmente estos conceptos del autor, ya que, a la vista de los hechos reales,

Fundación Speiro

y con ejemplos que fácilmente vienen a la memoria cada día, la veracidad de las afirmaciones resulta axiomática.

Así también el absolutismo de la democracia liberal, la caricatura del mismo estado liberal, la dictadura sobre la opinión a través de los medios informativos, son analizadas en lo que es una constante de la obra: el razonamiento sosegado y a la vez aséptico, pero de una evidencia indiscutible. También señalaríamos como particularmente interesante la desmitificación del contrato social que cae desde su formulación en una contradicción flagrante, a la vez que es reflejo de una teoría elaborada por pensadores que tratan de justificar los privilegios de una clase, que si para Sieyes era la burguesía, para Marx era el proletariado, como justificación de un estado comunista primitivo "Rousseau y Marx inventaron una historia ficticia, un modelo: el uno del contrato social; el otro, del comunismo". El autoritarismo democrático es analizado y trata casos que son el ejemplo claro de como, bajo el concepto igualatorio y a ultranza, el Estado se convierte si no, en el monstruoso Leviatán de Hobbes, si, como decía Tocqueville, en el estado tutelar que ahorra a los ciudadanos la pena de pensar y vivir por si mismos.

Molnar señala, entre las conclusiones más importantes de la obra, cómo el estado de concepción occidental se desintegra bajo el ataque combinado de la ideología liberal democrática y de la ideología marxista-leninista, "rivales sin duda en ciertos aspectos, pero aliados cuando se trata de atomizar al individuo, de desestabilizar las instituciones y de desmontar el mecanismo de gobierno". Se han creado contradicciones tales que resultan aberrantes, como las que señala certeramente: "Iglesia inmoral, universidad sexualizada, ejército pacifista". Molnar es pesimista respecto al futuro del hombre, del que rechaza la concepción caduca del liberalismo de considerarle libre completamente en su toma de decisiones, y solamente supedita a él, el futuro de la Historia, como también está en contra de la tesis que presenta al hombre enteramente determinado por las fuerzas de la Historia. Considera, en un tremendo pesimismo, que poco puede hacerse cuando la sociedad, la comunidad humana está en descomposición, piensa que la sociedad no es un reloj que se monta y se desmonta con arreglo a unos procesos fijos, y señala que al perder el modelo, al destruirlo el mismo Occidente, destruye a la vez su prestigio, la razón por la que otras sociedades le siguieron y le erigieron como modelo.

En la parte titulada "El asalto de las nuevas feudalidades", señala acertadamente cómo en una lectura superficial del primer capítulo nos puede hacer creer que sólo se trata en la obra de la decadencia de Ocidente en cuanto a la política como tal, lo que es un error. Al presentar la decadencia de la sociedad, presenta lo que el

Fundación Speiro

autor da en llamar nuevas feudalidades, que condicionan de una forma casi total la vida de nuestra época y señala como los funcionarios públicos están aterrorizados, ya que sus superiores (Ministros, funcionarios, magistrados, policía) no les protegen de lo que vemos evidentemente en la observación de la vida cotidiana, y en España es una realidad palpable; se defiende la letra de la Ley a toda costa, y la lenidad en los deberes que le son impuestos "por temor de que les acusen de arbitrariedad, brutalidad, o veleidades fascistas". Molnar destaca cómo determinadas instituciones que deberían garantizar la libertad como son los Sindicatos, la universidad y los medios de información, se han convertido en monopolios que han descuidado su verdadera misión y tienden a una verdadera dominación de la sociedad, con la consecución del ideal utópico que cree en estas instituciones en razón de su garantía de la libertad, y se encuentran cómo desgraciadamente se han convertido en nuevos instrumentos de dominación.

El autor señala aquí el término monolítico como característica de los regímenes futuros, y de los que en la actualidad vamos viendo formarse, lo que supone una vuelta a la historia antigua, o, como lo califica, de extra-occidental. Los regímenes monolíticos suponen el dejar las acepciones tradicionales basadas en la filosofía griega o en la aceptación judeo-cristiana. Los estados monolíticos eran "imperios en los que el bien común era el bien del príncipe". La historia de Occidente no supone que sus formas hayan sido en sí toda la historia de la humanidad sino "una divina sorpresa", una excepción a la brutalidad de los sistemas históricos.

El autor, en *La autoridad y sus enemigos,* presenta una perspectiva de la historia fuera de lo que les corresponde a la de los dos pueblos que dominan hoy al mundo: los Estados Unidos y Rusia, a los que llama pueblos activistas. Y es que estos pueblos activistas son los que nos hablan del carro de la historia. Occidente está enfermo y el mundo occidental se revela cansado de esa cultura "occidentalizada", y vemos como este proceso de decadencia aparece unido a ese afán de búsqueda del orientalismo del que tantos ejemplos vemos en la sociedad hastiada de nuestros días, y que refleja un total proceso decadente.

El estado actual evoluciona hacia un estado neo-feudal al que el lenguaje del siglo XX llama estado sindical y estado de los "managers". La sociedad en sus diversos estamentos no quiere soportar ningún sacrificio, interviniendo entonces el neo-feudalismo, las nuevas feudalidades, que llama el autor, para hacer que cada grupo de presión consiga los derechos que se atribuyen ya sus miembros, y a consecuencia de esta falta de sacrificio el crecimiento se detiene;

Fundación Speiro

y de nuevo hemos de volver sin querer a España, por lo que parece un ejemplo vivo de la situación actual, que pensamos no es ya una situación más o menos pasajera originada por la desastrosa actuación de los políticos actuales, sino algo más profundo: una desesperanza, un sálvese quien pueda y un feroz egoísmo insolidarios, de hacer que el hombre, ante la ausencia de perspectivas, se encierre cada vez más en su ego con la ausencia total de preocupaciones hacia los problemas ajenos.

Un ejemplo de este poder feudal de los nuevos grupos lo vemos también en la actuación de los poderes sindicales, en los que el Sindicato suplanta a los obreros, desvirtuándose de lo que debe ser legítimo partido de los intereses de estos para convertirse en única voz autorizada para actuar, pues habla e incluso piensa en nombre de aquellos a quien dice defender. Todo esto podía definirse fácilmente como socialismo, pero el término monolítico responde a una mejor definición de la sociedad en la situación en que se encuentra. El monolitismo responde a unas concepciones que resumidas pueden exponerse de la siguiente forma: liquidación de "las instituciones implantadas por la conquista occidental o bien las vacía de su contenido, es decir, de su independencia frente al Estado, y de su representatividad frente al pueblo. Los partidos políticos son las primeras víctimas de la desoccidentalización, ya que dividen al cuerpo de la nación, lo cual es intolerable en aquellas naciones en que las fuerzas centrífugas: étnicas, tribales, religiosas o de casta, suelen ser más profundas y antiguas que la frágil y reciente unidad". "La liquidación de las instituciones occidentales prosigue con el poder judicial independiente de la intervención del Estado; vienen luego las empresas económicas, las asociaciones libres, las iglesias, las prensas, y así sucesivamente".

Otra parte muy interesante del libro es la dedicada al papel de los sistemas militares, que cada vez ocupan más las funciones del gobierno en todo el mundo, haciendo una distinción muy importante —de nuevo encuentra aplicación en España y que debe hacer recapacitar a muchos frente a estos aspectos del problema—, y es la diferencia entre los regímenes militares "antiguos" o de los generales, como les llama el autor, válidos hasta 1945 y basados en el respeto al honor, la tradición y a unas formas de vida, y el de los regímenes "modernos", amalgama de nacionalismo y socialismo.

Los regímenes militares antiguos —no exactamente el de los generales que califica Molnar, ya que el surgido en España el 18 de julio de 1936, fue en gran parte producto de jefes y oficiales— como llama Molnar al de Franco, o nuevos como el de Chile, pero que figuran dentro de las consideraciones "antiguas", están, según

Fundación Speiro

el autor condenados al fracaso, ya que por sus especiales características impiden "manejar los registros de la revolución monolítica: socialista y nacionalista". Además Occidente, aunque sea contradictorio, por ese complejo de purismo democrático-utópico se convierte en un enemigo de los mismos, se les aísla con un cordón sanitario en diferencia sustancial con otros casos como el portugués, que, al reunir las condiciones socialistas y monolítica, despierta la crítica, y la toma de postura favorable, sobre todo, añadiríamos nosotros, de ese factor tan importante más decisivo aún que son los medios de opinión, que más que nunca desempeñan un papel clave en la deformación de la opinión.

Hay un hecho totalmente cierto que el autor señala, y es como "la estructura democrática liberal-utópica de los países occidentales favorecen, en su estado de licuefacción, la anarquía más que monolitismo, anarquía que se percibe de dos formas: como progreso por los portavoces oficiales y semioficiales del régimen liberal democrático, y como masificación, proletarización, brutalidad, demagogia y miedo por la población que vive el desmoronamiento de las leyes, el parasitismo de las instituciones y la marginalización".

En la última parte del libro registra otra consideración importante y que es como el concepto que se nos ha dado a entender y pensar que el capital terminológico del siglo XVIII, es definitivo, y como el mismo, junto con el progreso, ha sido exportado a todo el mundo, considerándose como formas básicas de la sociedad del planeta. De ahí los errores colosales de los demócratas, a la vez dictatoriales y dogmáticos, que quieren imponer su teoría del Estado y de la Sociedad a civilizaciones y pueblos con realidades sociológicas, étnicas y culturales distintas.

La civilización basada en el pretendido culto a la razón ha chocado con la realidad, y el pensamiento de las fórmulas dieciochescas es contestado en todo el planeta. El doctor Molnar coincide con los grandes pensadores de las escuelas tradicionales, al señalar como la ruptura con la concepción cristiana de la historia ha sido ocasionada por la democracia liberal, a la vez que el utopismo. Se ha querido crear la ciudad laica, frente a la ciudad católica. En los tiempos modernos no sólo Burke y Bonald, por citar dos ejemplos clásicos, sino figuras no tan definidas pero de primerísima magnitud como intelectuales, tales como Tocqueville, han sido poco considerados al tratar de justificar una síntesis entre tradición y progreso, lo que Molnar llama "el principio de la dualidad". Frente a ellos están Locke, Hegel, Comte, etc., que consideran que la historia cristiana es sólo un "cúmulo de errores, un enorme desatino".

Posteriormente vendrían, como fases lógicas de estas concepcio-

Fundación Speiro

nes, la del "pueblo soberano", "consumidor-rey", etc., pero el individuo se hace un ser anónimo, se convierte en un mero instrumento de los planes colectivos, nos parece que se va aproximando a ese concepto dado, de por un lado todopoderoso, en cuanto integrante de una masa, y por otro simple engranaje en la maquinaria del Estado monolítico, al de la sociedad descrita por Orwell en "1984".

Nada más cerca del "monolitismo" descrito por Molnar, que el "gran hermano" Orwelliano. En suma, el monolitismo frente al pluralismo. La situación descrita por Maquiavelo está próxima a la del mundo después de 1945. "Maquiavelo condena a los demás a no percibir los cambios, en su mayoría negativos, más que a través de los ojos del Príncipe. Por consiguiente, en su ciudad no hay sociedad civil libremente desarrollada, ni instituciones independientes de la voluntad del Príncipe, ni —por tanto— ciudadanos libres. La cohesión en torno al Príncipe es la de la tribu en torno a su jefe, una especie de simbiosis forjada por el interés y el miedo. Tal es, precisamente, la situación a partir de 1945".

El libro va, además, precedido de un interesante prefacio, con especial interés para los lectores españoles, y en el que vemos algo que ya va resultando corriente: el desencanto de los intelectuales y pensadores por la democracia española, y la decepción por los resultados obtenidos por el paso de la España post-franquista a la democracia liberal. El doctor Molnar destaca, cómo con el cambio acelerado, y por la peculiar dialéctica del mismo, sólo se ha conseguido el caos en la vida española, "la radicalización política, la movilización de las masas, el predominio de los partidos de masa sobre los partidos de cuadro, el sufragio universal y las huelgas políticas en oleadas". Todo esto, tan cierto, tan evidente, si no fuese solamente trágico resultaría, además, absurdo, y es que los responsables de la actual situación española han abrazado con frenesí digno de mejor causa el sistema democrático liberal-utópico, cuando, dejándonos de todo tipo de consideraciones más o menos especulativas, sino sólo contemplando los hechos pragmáticamente, hay una realidad implacable, guste o no guste: el sistema democrático liberal ha dejado de ser un modelo válido para nuestros tiempos, y resulta absolutamente cierto que sistemas inherentes en sí a esa ideología democrática liberal han sido la causa de la demolición más completa de la sociedad que acogió y alentó a la misma.

ANGEL MAESTRO

Fundación Speiro